

ANALES

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MEDELLIN

AÑO I.

Medellín, Agosto, de 1888.

NUM. 7.º

(51)

ACADEMIA DE MEDICINA DE MEDELLIN

SESIÓN DEL 3 DE AGOSTO DE 1888.

Fue leída y aprobada la siguiente proposición:

“La Academia de Medicina de Medellín, al saber, con perdurable dolor, que su eximio Presidente, Dr. PEDRO D. ESTRADA, acaba de morir,

“RESUELVE:

“Asistir en Corporación á las honras fúnebres, acompañando el cadáver hasta el cementerio;

“Que el Vicepresidente, en nombre y representación de la Academia, diga adiós al Dr. ESTRADA, y ofrezca sentido pésame á las ciencias y á la humanidad por la pérdida que han hecho;

“Que el sillón presidencial permanezca enlutado durante todo el presente período; y

“Levantar la sesión por causa de este lamentable acontecimiento.

“Copia de esta resolución se dirigirá á la viuda é hijos del finado.”

Se levantó la sesión.

El Presidente, MANUEL URIBE ANGEL.—El Secretario, RAMON ARANGO.

DECRETO N.º 211

(DE 3 DE AGOSTO DE 1888)

por el cual se honra la memoria del

Sr. Dr. PEDRO D. ESTRADA

EL GOBERNADOR DEL DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

CONSIDERANDO :

1.º Que en la mañana de este día murió en esta ciudad el eminente médico Sr. Dr. Pedro D. Estrada.

2.º Que por su elevada inteligencia y profundos conocimientos, el Sr. Dr. Estrada había alcanzado merecido renombre como uno de los médicos más notables del país, y actualmente había sido honrado con la Presidencia de la Academia de Medicina de Medellín.

3.º Que el Sr. Dr. Estrada se distinguió en el largo y constante ejercicio de su profesión, no sólo por las innumerables curaciones que hizo, sino especialmente por su acendrado espíritu de caridad que lo llevaba á ser excesivamente generoso con todas las clases sociales, entre las cuales los pobres tenían su predilección.

4.º Que el Departamento de Antioquia, y con especialidad la ciudad de Medellín, donde estaba radicado, pierden en él á uno de sus más decididos bienhechores, la sociedad uno de sus ciudadanos más estimados y la ciencia uno de sus más fervorosos apóstoles.

5.º Que es deber de todos los pueblos rendir testimonio de gratitud y reconocimiento á aquellos ciudadanos que les prestan servicios distinguidos ó de algún modo se señalan ante sus conciudadanos,

DECRETA :

Art. 1.º El Departamento de Antioquia lamenta la muerte del Dr. Pedro D. Estrada, acaecida en Medellín en la mañana de este día, honra su memoria, y presenta á la juventud que se levanta el ejemplo de su larga, filantrópica y fecunda carrera en servicio de la humanidad doliente, como digno de ser imitado.

Art. 2.º Copia de este Decreto, con el oficio de estilo, será remitida á la Sra. viuda del Dr. Estrada en señal del duelo que por su muerte toma el Departamento.

Dado en Medellín, á 3 de Agosto de 1888.

MARCELIANO VÉLEZ.

El Secretario de Gobierno y Guerra,

JUAN DE D. MEJÍA.

LOS FUNERALES

Al dar cuenta á los lectores de esta revista de lo que Medellín ha hecho en honor de uno de los nuestros, parécenos discreto ceder la palabra á un escritor distinguido, ajeno á la corporación médica. Previa autorización, reproducimos aquí la relación publicada por el Sr. D. Fidel Cano.

El viernes 3, á las once de la mañana, terminó la cruel y larga agonía del Dr. PEDRO D. ESTRADA; y Medellín, que de días atrás venía triste é inquieta por la suerte del enfermo, está de luto desde aquella aciaga hora.

Quien lea fuera de aquí lo que dejamos escrito, creerá acaso que empleamos una de esas gastadas hipérboles necrológicas que yá nadie toma al pie de la letra; pero nuestras palabras serán apenas débil expresión de la verdad para los que están viendo de cerca la sincera aflicción de este pueblo por la muerte de su bienhechor.

El dolor asume raras veces carácter popular, aunque con frecuencia se pregonan lutos públicos y aun se logra falsificarlos momentáneamente; mas sí suele haber verdaderos duelos sociales, y los que lo son revisten tan pronunciadas formas y ofrecen tan claras pruebas de su existencia, que al dar con uno es imposible desconocer su naturaleza ni dudar de sus proporciones. Este de que hablamos es uno de ellos, y ciego ha de ser quien no lo vea pintado en todos los rostros, sordo quien no lo oiga de todos los labios; y como fuera de lo dicho, la razón de este pesar general es tan justa y manifiesta, ningún medellinense tiene hoy por dudoso, ni menos por extraño, el que la ciudad presente por dondequiera señales de real y profunda consternación.

Desde que se tuvo por inevitable la muerte del Dr. Estrada, los artesanos de Medellín se apercibieron, tan discretamente como fue posible, para honrarle con magníficos funerales; de suerte que cuando el triste caso ocurrió, estaba listo todo lo que el Pueblo podía ofrecer á su amigo y bienhechor difunto. No obstante esto, para que las exequias se verificasen sin prisa que les quitara algo de su pompa y solemnidad, y á fin también de que el cadáver pudiese permanecer expuesto por algunas horas, el Cuerpo médico resolvió, previo el asentimiento de la familia, prepararlo convenientemente. Así se hizo, y merced á ésto los numerosos amigos del finado, la multitud de individuos que le debían beneficios, y otras

muchas personas atraídas por el aprecio y la admiración, pudieron visitarlo en su lecho de muerte durante las últimas horas del día 3, y por la noche del mismo día y en la mañana del siguiente, hasta las ocho, en el salón de su casa, debidamente arreglado para servirle de capilla ardiente, donde reposaba en suntuoso y artístico féretro.

En la mañana del 4 se distribuyó con profusión el programa de los funerales, y con esto y con el anuncio que de ellos se había dado la víspera, fue suficiente para que á las ocho y media, hora señalada para dar principio á la ceremonia, estuviese reunido, desde la casa mortuoria hasta cuatro ó cinco cuadras más arriba, el concurso más grande, selecto y respetuoso que en Medellín haya asistido nunca á actos semejantes. La sociedad borró en aquel día y en aquel lugar las hondas líneas con que las clases, las categorías, los partidos, los diversos grados de ilustración y de riqueza, las divergencias filosóficas y religiosas y otros cien agentes separadores la dividen en numerosas parcialidades, y formó sin estudiado acuerdo un conjunto armónico, cordial, animado de un mismo sentimiento y digno de llamarse pueblo, en la acepción ideal de este vocablo. Hé aquí un hecho que, en nuestro sentir, constituye la mejor apología del Dr. Estrada: mucho ha de haber valido el hombre que, llegando á la sepultura sin riquezas, sin poder, sin lauros de vencedor, é impotente para hacer bien y para inspirar miedo, logra con el sólo recuerdo de su vida, evocado sin reclamo oficial ni artificio mundano de ningún género, reunir en torno de su cadáver los dispersos y heterogéneos elementos de la sociedad en cuyo seno vivió sin disfraz y luchó sin doblez.

Por el crecido número de concurrentes y por faltar entre nosotros lo que pudiera apellidarse disciplina del público, no fue posible que el cortejo desfilase siguiendo estrictamente el orden señalado en el programa; pero á pesar de esto, la procesión recorrió sin tropiezo ni irregularidad alguna la extensa calle de Boyacá, hasta la Iglesia Catedral, y no hubo ni asomo siquiera de desorden. Cada cual procuró conservar el puesto que ocupó al principio, y la sinceridad de los sentimientos que juntaron toda aquella multitud, hizo que reinasen en la ceremonia compostura, seriedad, verdadero recogimiento. No se oía allí el impropio rumor de conversaciones en voz baja, ni asomaba á labio alguno una sonrisa siquiera leve, ni se veían en ningún rostro señales de impaciencia por que el acto tuviese fin, como suele acontecer en más de un entierro: el respeto debido y pagado por todos al difunto, selló todas las bocas; el afecto general hacia él, dio aire de no fingida tristeza

á todos los semblantes, y nadie se cuidaba de que las exequias durasen este ó aquel tiempo, porque todos habían dejado gustosamente – desde temprano – sus tareas de ese día, convencidos de que iban á llenar una más importante y sagrada que cualquiera de ellas.

Iba delante la cruz, y en pos de ella el féretro, acompañado por la Academia de Medicina, á quien tocaba de derecho ese puesto, como que el Dr. Estrada no sólo había sido uno de sus miembros más eminentes, sino que estaba designado para presidirla en el período reglamentario que empezó el 20 de Julio último. Los señores Académicos, vestidos de riguroso luto y con un lazo negro al lado izquierdo del pecho, en señal de duelo, se turnaban á cada cuadra para llevar dos de las cintas del ataúd; las otras seis correspondían, también por turno, á los deudos, á los comerciantes y á los artesanos, y en un trayecto fueron entregadas todas al Sr. Gobernador del Departamento, á sus Secretarios y á otros altos empleados. El cadáver iba descubierto, aunque casi oculto bajo hermosas coronas, de suerte que apenas se veía de él el rostro majestuoso y sereno, cuya típica expresión no había podido borrar la muerte, y parte del blanco sudario que lo envolvía.

Venían en seguida los sacerdotes que oficiaban, y algunos otros en calidad de acompañantes; luégo los deudos y amigos íntimos del finado; en seguida el Sr. Gobernador y otros funcionarios públicos, entre ellos varios miembros del alto Poder Judicial, y en pos la Escuela de Minas, el Instituto de Caldas y alguna otra comunidad de estudiantes.

Tras los institutos de enseñanza se colocó la comisión que había organizado los funerales; en pos la Banda militar, y finalmente una compañía de gendarmes. El resto del cortejo, formado ordenadamente á lo largo de la calle, lo componían gran número de respetables señoras y señoritas, casi todos los comerciantes de la ciudad, los artesanos, los obreros y crecida porción de pobres y desvalidos. Se calcula que más de cinco mil personas tomaron parte en la procesión, á juzgar por el espacio que ocupaba el apiñado concurso.

La Banda militar tocó, poco después de haber empezado el desfile, una hermosa marcha fúnebre, y en las esquinas de la carrera acompañaban músicos y cantores escogidos entre los mejores artistas de la ciudad, el responso que en cada posa entonaba el Clero.

A las diez llegó la fúnebre comitiva á la Catedral, cuyas espaciosas naves pudieron contener apenas una parte de los asisten-

tes, y al punto se dio principio á la vigilia, tras la cual se cantó la afamada misa de difuntos que poco antes de su muerte compuso el malogrado Vidal.

La decoración del templo, hermosa á la par que severa, y más notable por lo artística que por lo pomposa y rica, superó, según lo afirman personas que han visto muchas veces aparejada para solemnidades semejantes esa iglesia, á cuanto hasta ahora se había puesto allí en días de ceremonias fúnebres. La nave principal, enlutada de arriba á abajo, era una calle de elegantes monumentos levantados en honra del difunto por los diversos cuerpos de artesanos, y en su parte superior se erguía sobre pedestal de rocas una blanca cruz monumental, á cuyo pie fue colocado el féretro en medio de hachones y de plantas de anchas hojas. De la cruz pendía un excelente retrato del Dr. Estrada, pintado al óleo por el Sr. Francisco Antonio Cano el día anterior, y del cual han hecho personas imparciales y autorizadas elogios que no podemos repetir aquí porque estrechas relaciones de parentesco y de amistad con el joven pintor nos lo vedan según el mundo. Medio recostado á la parte inferior de la cruz descansaba un gran escudo elíptico, sobre cuyo negro fondo se leía en blancos caracteres: *Loor al Talento, la Ciencia y la Virtud.*—*Si la tumba guarda sus cenizas, nuestros corazones guardan su memoria;* y enmedio de estas dos inscripciones se veían el artístico conjunto los emblemas de la Medicina, un exacto facsímile de la firma del Dr. Estrada y un bosquejo de su busto.

Los monumentos levantados á uno y otro lado de la nave ostentaban sendos escudos, negros como el yá descrito, y en cada uno de ellos se leía alguna de las siguientes inscripciones en elogio ó lamentación del finado :

Yá no oiremos aquellas palabras alentadoras que tanto nos consolaban.

Siempre es corta la vida de los buenos.

La antorcha sagrada de la caridad guiaba su ciencia.

Su corazón sensible fue siempre lastimado por las penas ajenas.

Si nosotros fuimos su familia, la suya debe hoy ser la nuestra.

Las madres lloran hoy al que ayer lloraba por sus hijos.

Jamás será bien llorado quien supo enjugar tantas lágrimas.

Sacerdote del deber, el hogar del pobre fue su templo.

Lámparas y candelabros distribuídos con arte, coronas esparcidas acá y allá, y hermosas plantas sin flores, yá suspendidas de los arcos, ya agrupadas al pie de los monumentos, completaban el

magnífico y severo adorno del templo, cuyo aspecto convenía admirablemente con la lúgubre acción que allí pasaba.

Acabados los oficios religiosos, la multitud se agrupó en el atrio de la Catedral para oír al Sr. Pbro. José María Gómez Angel, condiscípulo y antiguo y leal amigo del Dr. Estrada. El orador, de suyo elocuente, y en extremo conmovido á la sazón por la circunstancia que acabamos de apuntar, produjo viva impresión en el ánimo de los que le escuchaban.

Apenas hubo terminado el Sr. Pbro. Gómez Angel su discurso, el cortejo, más numeroso tal vez que antes de la entrada á la Catedral, se encaminó con el cadáver al Cementerio del Norte, por el dilatado Camellón del Llano. Ni el ardor del sol ni lo largo de la vía fueron parte para que la multitud desmayase, y quiénes en los carros del tranvía, quiénes en coche, quiénes á pie, fuimos todos al Cementerio, cuyo vasto recinto parecía ya colmado cuando todavía la gente hormigueaba de uno á otro extremo del Camellón. Una vez allá y colocado el féretro en lugar conveniente, se tomó por tribuna un sepulcro, y desde él hablaron: primero, el Sr. Dr. Uribe Angel, á nombre de la Academia de Medicina; luego el Sr. Dr. Jesús María Rendón, como representante de los artesanos; después el Sr. Dr. Luis Eduardo Villegas; en seguida el autor de estas líneas, por encargo de la comisión que organizó los funerales, y finalmente los Sres. Matías Acebedo y José Josse.

A las dos y media terminó, con la inhumación del cadáver, la fúnebre ceremonia, y el numeroso cortejo volvió á la ciudad disuelto, disperso y poseído de esa melancólica tristeza que inspira la certidumbre de una desgracia irreparable; mas como los grandes dolores suelen llevar en sí mismos algún dulzor que temple su amargura, del fondo de aquella pesadumbre popular se levantaba una triple satisfacción consoladora: la de haber visto un hombre bueno, hallado un pueblo agradecido, y llenado un gran deber,

52

DISCURSO DEL DR. URIBE ANGEL

SEÑORES:

Vengo á esta tribuna, encargado por la Academia de Medicina de Medellín, para dar á su nombre la última despedida á nuestro amado comprofesor, quien, como todos sabemos, nos ha dejado sumidos en duelo al emprender el camino de la Eternidad.

Como representante de una corporación científica, no me toca en este momento considerar al Dr. Estrada en todas las facetas de su vida pública, por lo cual reduciré mi tarea á examinarlo como sa-

bio y á contemplarlo como digno sacerdote de la ciencia. Plumas y voces más autorizadas que la mía formarán un trabajo biográfico más digno del amigo á quien lloramos, y más honroso para sus autores. Empero, permitid que á grandes rasgos hable someramente acerca de algunos puntos de su existencia, porque tal proceder conviene al intento que me propongo.

Nació el Dr. Estrada en el distrito de Yarumal, Departamento de Antioquia, y protegido por su hermano Remigio Cárdenas, á quien miró y trató siempre como padre, recibió educación elemental con notable aprovechamiento, porque altas fueron las facultades con que plugo á la Providencia dotarle desde su nacimiento.

Joven ya, siguió estudios preparatorios en el Seminario Conciliar de Antioquia, bajo la experta dirección del Illmo. Sr. Obispo Juan de la C. Gómez Plata y del erudito antioqueño Dr. José María Martínez Pardo.

Cuando se halló capaz por la instrucción literaria, artística y científica que adquirió en aquel plantel de educación, se trasladó á la Capital de la República, en donde consiguió, guiado por insignes profesores, gran copia de conocimientos en el arte de curar.

Competente desde entonces para ejercer con provecho las tareas científicas propias de sus inclinaciones, regresó al país natal, en calidad de médico y cirujano de ejército; pero como fuese que carrera semejante estuviera en desacuerdo con su índole, y como por aquel tiempo se prendase de la belleza y virtudes de la que bien pronto llegó á ser su compañera inseparable, resolvió abandonar sus primeras labores, unirse á ella en matrimonio y trabajar en adelante en calidad de médico civil.

Era el Dr. Pedro D. Estrada hombre de regular estatura, de piel morena, de ojos negros, de mirada intensa, de rizada cabellera, de levantado pecho, de noble continente y de sueltos y agraciados movimientos. Si alguien le hubiese visto con atención cuando paseaba contemplativo las calles de la ciudad para visitar á sus enfermos, hubiera pensado que bajo aquel rostro tan severo se ocultaba un carácter duro é intratable; pero se habría engañado completamente quien tal creyese, porque cuando el Dr. Estrada era solicitado por alguno para practicar el bien, toda aquella aparente seriedad se desvanecía, pues sus facciones se desenvolvían en señal de contento y se tornaban amables y hasta tiernas.

Nuestro colega fue hombre extremadamente popular entre todos los habitantes de Antioquia, y merced al crédito que lo acompañó constantemente, frecuentaba desde la choza humilde del pordiosero hasta la rica morada del opulento; y en ese trato alternativo con

diferentes clases sociales, ninguno pudo quejarse de él, porque, misericordioso con los infelices, festivo con los artesanos y culto con todos, á cada cual hablaba su lenguaje y á todos complacía.

He dicho que era culto, y agrego que su cultura no era común, porque, adquirida en el trato diario de la buena sociedad y apoyada por exquisita educación literaria, su discurso era siempre oportuno y chistoso, salpicado de espirituales referencias y sostenido por decoro personal que no se desmintió jamás. Cariñoso con los niños, amable y respetuoso con las damas, franco y leal con sus iguales, y familiar con los menesterosos, fue siempre tipo cumplido de buen caballero y encanto de todos los que le trataron en la intimidad.

El Dr. Estrada poseía vasta memoria y clarísimo talento; por manera que desde muy joven alcanzó gran reputación de saber entre sus colegas y en el público en general; pero como quiera que los más ricos dones naturales no pueden llegar á la perfección científica sin esmerado cultivo, nuestro experto amigo dedicó por espacio de veinte á veinticinco años cinco á seis horas del día al estudio de los autores clásicos, y la mayor parte del tiempo que le quedaba, al examen práctico de las leyes que presiden á la vida y á la muerte, junto al lecho de los enfermos. Fue por eso por lo que su capacidad llegó á ser proverbial entre nosotros; capacidad que, reforzada por justo criterio y por lógica inexorable, le creó gran respetabilidad entre sus compañeros, que oíamos con veneración los consejos que nos daba — llenos de sabiduría. Sí; porque en las ocasiones difíciles, el razonamiento del Dr. Estrada, tan neto y tan sagaz, nos mostraba siempre el punto en que estaba la verdad.

Por lo expuesto hasta ahora y porque me tocó la fortuna de andar con él, durante treinta y cinco años, hombro con hombro y brazo con brazo, en busca de batallas qué pelear contra el dolor, y porque presencié sus triunfos, y porque le conocí bien, me creo autorizado para establecer ante el auditorio que me escucha, esta frase en forma de sentencia indiscutible: la muerte del Dr. Estrada es inmensa desgracia para la República, pérdida irreparable para la humanidad doliente, y lamentable calamidad para la Ciencia.

Y si por la exaltación de mis palabras alguna ó algunas de las personas aquí presentes llegaren á pensar que traspaso los límites de lo razonable, para caer en el abismo de las exageraciones, me contentaré con aconsejar á esas personas que si quieren medir con exactitud el valor intelectual y moral del ilustre ex-Presidente de la Academia de Medicina de Medellín, se tomen la pena de interrogar á las madres de familia á quienes conservó hijos queridos de sus entrañas; que pregunten á los maridos á quienes aseguró la

tranquilidad del hogar, por haber salvado de inminentes peligros á sus mujeres ; que inquietan de los ciegos á quienes restituyó la vista, de los mudos á quienes hizo hablar, de los sordos á quienes devolvió el oído, de los calenturientos á quienes quitó la fiebre, de los parvulillos que gozan hoy la felicidad de existir por causa de su habilidad operatoria, y en fin, de todos aquellos sobre quienes derramó el tesoro de sus conocimientos para procurarles salud y vida ; y que digan después si sus preguntas no han sido seguidas de un coro de bendiciones para ensalzar el mérito del bienhechor común.

Y si los que dudan no se contentaren con prueba semejante, les ruego que pongan el oído para que perciban ese elocuente susurro de aprobación y aplauso que se levanta de mil corazones agradecidos, que asciende á la atmósfera que nos cubre, que se esparce por todos los ámbitos de la Patria, y que cae sobre nuestras almas para arrancar de nuestros ojos sinceras lágrimas de gratitud.

Si desde el punto en que estamos dirigimos mirada escrutadora al hogar desierto y frío del Dr. Estrada, contemplaremos el cuadro desolador compuesto de una viuda inconsolable y de la familia enlutada que la rodea. Estrada pudo llegar á ser opulento, y murió pobre : prueba cierta de que la venalidad y el interés jamás empañaron la nobleza de sus principios. Yo me atrevo á esperar que las demostraciones de un pueblo reconocido enmendarán generosamente la precaria situación en que los huérfanos han quedado ; y mientras llega esa hora de honra para nuestros conciudadanos, diré á la esposa y á los hijos : Si la conciencia de llevar en adelante un nombre irrevocablemente unido al de un colombiano ilustre, puede mitigar un tanto el legítimo dolor que os aflige, consolaos, porque el recuerdo de la prenda que habéis perdido vivirá largos años en la memoria de vuestros compatriotas.

Pueblo de Medellín : habéis cumplido en esta ocasión el deber sagrado de manifestar con pruebas que enaltecen vuestro carácter, la gratitud que abrigáis por los hombres que desinteresadamente se consagran á servirlos. De ciudadanos tales mucho tiene que esperar Antioquia para su ventura en lo porvenir ; porque las virtudes cívicas forman la base sobre la cual se levanta la grandeza de los pueblos. Habéis comprendido, sin duda, que entre los pueblos civilizados, nuevos horizontes se ofrecen cuando se trata de hacer justicia al merecimiento de los hombres. Yá no se cree que la única gloria consista en lidiar batallas sangrientas, ni se cifre únicamente en el heroísmo de los hombres de guerra, sino también que hay gloria a-y muy alta — para los obreros humildes de la Ciencia, y sobre todo para los modestos protectores de la humanidad.

Doctor Estrada : habéis bajado al sepulcro, pero habéis ascendido á la inmortalidad. De hoy en adelante vuestro nombre es propiedad de la Historia, y vuestra alma pertenece á Dios.

DISCURSO DEL SR. D. FIDEL CANO

SEÑORES :

En nombre de la comisión que, interpretando tan fielmente como pudo el sentimiento popular, dio forma á los solemnes funerales que ahora terminan, lleno el doble deber de decirle adiós al Dr. Estrada, al borde del sepulcro, y dar á la ciudad gracias muy expresivas por haber contribuído tan espontánea como eficazmente á esta necesaria manifestación de la gratitud pública.

Jamás se había visto aquí nada semejante á lo que ahora ha pasado : nunca la sociedad entera se había reunido con tan sincero y vivo interés en torno al lecho de un moribundo, por más ilustres que los haya habido, y al rededor de ningún féretro se han juntado más espontáneamente ni con más cierto dolor las clases, los gremios y los partidos en que se divide el cuerpo social.

Medellín ha presenciado las exequias de afortunados caudillos, de altos magistrados, de grandes dignatarios eclesiásticos, de renombrados escritores, de opulentos hijos del trabajo mimados por la riqueza, y en ningunas se había visto este inusitado lujo de dolor, de respeto y de tierno cariño desplegado hoy para honrar al ilustre médico que va á entrarse por las puertas del sepulcro.

Ni cuando la ciudad sepultó al dulcísimo y popular poeta que orló las sienes de Antioquia con esa rica corona de panojas de oro que se llama el *Poema del maíz*; ni cuando el pueblo católico ha acudido á honrar á sus prelados difuntos ; ni cuando los partidos han desplegado solemne gala oficial para enaltecer en muerte á sus conductores, se ha logrado llegar á estas evidentes señales de duelo general que estamos presenciando. Y es que el adiós del poeta y del escritor apenas hallan eco en los espíritus cultivados ; es que la desaparición de los caudillos políticos sólo consterna el bando que encabezaron ; es que la muerte del pastor religioso sólo hiere á las ovejas esencialmente nutridas por la fe, en tanto que la pérdida del Dr. Estrada lastima á todo el mundo, porque todo el mundo padece, y el encargo que él llenó santamente en la tierra fue el de batallar con el dolor ajeno.

La espléndida muestra de gratitud que Medellín acaba de dar á quien tanto y tan desinteresadamente le sirvió en vida, es pues natural, justísima y como tal necesaria, pero no por eso menos dig-

na de elogio ; y yo no podría decidir ahora para quién es más honrosa, si para el hombre eximio que la recibe, ó para el noble pueblo que la da ; porque la bondad es virtud menos rara que el agradecimiento.

Reciba, pues, la culta población de Medellín las gracias que le tributa el gremio de artesanos por haberse unido tan estrechamente á él en esta ocasión, y reciba el egregio bienhechor que nos ha dejado, las bendiciones de todos aquellos á quienes colmó de beneficios y de consuelos.

Doctor Estrada: yo soy de los que creen que la vida no se interrumpe por la muerte, y á veces confío en que Dios abre el oído de los muertos á las voces de la justicia y de la gratitud humanas. Por esto no intento expresar el dolor que anima á cuantos veneramos vuestra memoria, ni condensar en frías palabras el adiós que os dan en este momento millares de almas agradecidas. El ruido apenas perceptible de los sollozos ahogados, el levísimo rumor de las lágrimas que caen, el latido de los corazones que palitan desolados, han de tener eco extraordinariamente sonoro en la Eternidad, y acaso vos estéis oyendo ahora cómo se gime y se llora á causa de vuestra muerte. Quiera Dios que sea así, á fin de que sepáis cuánto os hemos amado y cuán hondamente sentimos vuestra partida !